

FILIACIÓN DIVINA Y EXPECTACIÓN MESIÁNICA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

INTRODUCCIÓN

El que sólo conoce una religión no conoce ninguna. Este aserto correspondiente a la historia de las religiones, ha de tenerse en cuenta a la hora de aproximarnos a la divinidad. No hay concepto humano que pueda definir lo indefinible por antonomasia.

Hoy comenzamos en esta revista a definir a Dios como Hijo después de haberlo hecho como Padre y la trilogía se culminará con el concepto Espíritu Santo. Así Padre, Hijo y Espíritu Santo tratarán por aproximación de revelar el misterio. Ahora bien, si decimos por aproximación se debe al hecho de que es imposible abarcar con la palabra lo que deseamos explicar a través de ella.

El Dios trinitario que nos revela la Biblia, ha de escucharse y asumirse en el interior de cada individuo. El concepto, la palabra, servirá como llave para introducirnos en el misterio. No obstante, será la escucha y el propio Dios en el interior del Ser, el que directamente se revele a cada creyente (1).

Vamos a desarrollar desde los orígenes el concepto “Hijo”. Este concepto pertenece a la segunda persona de la Trinidad (2) . El simbolismo que encierra el número tres en la historia de las religiones debe tenerse presente, especialmente cuando se trata de aprehender el misterio. El concepto “tres” es para la antropología bíblica mucho más que un número. Podríamos afirmar que “el tres” no tiene nada que ver con la cronología numérica que en él, expresa el hombre del siglo XXI.

Algo tan elemental para el hombre bíblico parece incomprendible para la cultura actual. Hemos de entender que esta incompreensión sería la misma para la antropología bíblica si tuvieran que traducir sus contemporáneos términos tales como “rascacielos” en relación a un edificio, “espacio” en relación al universo, etc. Cada cultura tiene sus propios símbolos de expresión: “tronco”, “finde” o “rap” serían términos incomprendibles en la España de hace escasamente cincuenta años. ¿Por qué ha de extrañarnos que el “vaso” cambie cuando lo importante es poder seguir bebiendo “agua”?

Dios trino no es menos veraz que Dios uno o Dios todo. Ahora bien, la captación del misterio ha tenido su propia evolución. Dentro de esta evolución, por supuesto humana y no divina, se ha entendido a la divinidad como “tres”, y ello, no porque Dios fuese tres, sino porque el tres representaba, en cuanto concepto, a la divinidad. El número tres es un símbolo que representa en la antropología bíblica a la trascendencia.

La palabra, en este caso, el número, no es la trascendencia, sino el símbolo a través del que tenemos que captarla. Por esta razón el paso del tiempo a la eternidad se efectuará “al tercer día”; Jesús en los evangelios se moverá “tres días después”; Dios será trino y el símbolo del Padre será un triángulo; el “tres” representará el signo de

Jonás como misterio que desde la época del “decálogo mosaico” habla desde el monte y guarda en los tres primeros mandamientos la pleitesía que el hombre debe a Dios, etc.

Tres es para el mundo bíblico, lo innumerable. Desde esta visión de lo Santo hay que aproximarse al concepto de Hijo. El Hijo hace posible la captación del misterio. El Hijo es, al margen de la segunda persona de la Trinidad (¿acaso es posible en la divinidad segundas causas?), la revelación de lo humano. Lo humano, en cuanto misterio. Lo humano, en cuanto participación del Ser. Lo humano, en cuanto trascendencia de lo homínido.

El Hijo representa la respuesta del símbolo “tres”, desde la experiencia del devenir de la historia. La historia se encarna y reencarna en constante temporalidad. Pero esta encarnación es eternidad. Ella hace posible el símbolo, la palabra, el tiempo; sin embargo, más allá del concepto siempre está Dios aguardando, descansando, desde los orígenes. El día “siete” sigue abierto en su temporalidad. La creación del Padre aguarda desde los orígenes la llegada del Hijo. El día siete no ha culminado, en él no ha amanecido y anochecido como en los seis anteriores; en él Dios descansa y aguarda la llegada del Hijo (3).

El Hijo llega y el tiempo vuelve a la eternidad. El ciclo se cierra y todo es Uno. Y el Uno es Tres. ¿Por qué la humanidad parece estar fuera de esta gran rueda?. ¿Por qué seguimos encarnando y reencarnando el misterio en el tiempo?. La respuesta únicamente se encuentra en el corazón de cada creyente. Allí el Dios Padre sigue hablando al Hijo. Nada ni nadie puede revelar el misterio, sólo el Padre. Y el Padre, como en los orígenes, descansa en el séptimo día confiado en que su creación alcance la resurrección al final del tiempo.

El cenit del tiempo es el Hijo resucitado. Jesús fue el alfa, el Cristo, el omega. Desde el alfa al omega el tiempo, que es muerte va al encuentro del Hijo para alcanzar la resurrección. Tiempo convertido en humanidad. Hijo resucitado y captado desde el devenir. Historia de la humanidad que se diviniza en la segunda persona. Todo en Dios y nada fuera de Él. Todo en el Hijo, pues la salvación llega cuando nos hacemos hijos en Él.

¿Cuál es la pedagogía bíblica de este misterio?. Escuchemos desde el silencio el rumor de la Palabra.

EL HIJO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

A continuación vamos a desarrollar la teología del Hijo siguiendo la antropología del Antiguo Testamento. Para ello iremos mostrando de forma pedagógica, pero con el horizonte cristológico presente, los diversos “momentos” de la revelación que han marcado el camino que ha recorrido el Hijo hasta llegar al evangelio, es decir, a la resurrección.

El Hijo en la antropología bíblica

El concepto “hijo”, en la cultura semita “ben”, guarda relación con el término construir. ¿Por qué?. Porque un hombre construye y edifica su casa cuando es capaz de asegurarse una descendencia. El animal no necesita descendencia para subsistir, el ser humano, sí. El hijo permite al padre seguir viviendo más allá del tiempo. Comprender esta realidad presupone intuir lo que es la vida. El homínido no puede aprehender la vida, porque la vida es un misterio. El ser humano sí puede, toda vez que se hace uno con el misterio.

Cuando en los orígenes Dios “sopló” a la materia y ésta devino en persona, pudo comprender lo que la creación era. Caos hecho orden, tinieblas hecha luz, inmanencia hecha trascendencia: Adán y Eva comenzaron a ser historia. Jamás Dios fue caos, tinieblas o inmanencia, pero el hombre no siempre entendió o entiende esta verdad. Para saber que se sueña hay que despertar. Y Adán y Eva despertaron y siguen despertando al sentir el “soplo” de la divinidad.

Toda la historia bíblica no es más que el despertar del hombre. Sólo quien resucita puede hablar de muerte. Sólo quien vive puede hablar de la vida. Antes de Adán y Eva la vida existía pero únicamente Dios conocía su misterio. Cuando Adán y Eva despiertan sienten que su humanidad trasciende lo puramente animal. Desde entonces y sin saber porqué, desean continuar en el hijo esta captación de lo insondable que ningún animal puede llenar.

El hijo es tan vital para el padre que será a partir de él, que cada hombre podrá construir y edificar su casa. En el hijo se podrá seguir viviendo. La nueva vida engendrada hará perpetua la humanidad asumida en el despertar.

El semita no conoce abstracciones. Su filosofía parte de lo concreto. De ahí que necesite colocar en el nombre del hijo el prefijo “ben”. Sea éste Benjamín, Benchimol o Bengurión., siempre recordará a todos su ascendencia, de esta forma tan pragmática se asegura la descendencia. La casa que comienza a edificarse en el Génesis no es, como siglos después el Templo, de piedra y barro. El hijo que Mateo en su genealogía retrotrae hasta Adán, no es carnal, nace de lo alto, como todo lo humano.

Comprender esta genealogía supone trascender el tiempo, llegar a ser hijo en el Hijo. Hacer de la singularidad del Jesús de la historia, la pluralidad del Cristo donde todos somos uno en el Padre. Cristo primicia y cabeza del cuerpo místico del que todos somos miembros. Adán y Eva son la persona plural donde se trasciende la individualidad. La historia bíblica es colectiva, plural, porque sólo cuando se descubre la yoedad, se habla del tú y se crea el nosotros (4).

El misterio propio se objetiviza en el otro. Es entonces cuando se despierta al nosotros, cuando el yo y el tú individual se pluraliza en los otros. La historia bíblica es la historia de la colectividad humana, gracias a que ha sido descubierto en el “soplo” divino, el misterio del yo. Un yo que emerge como la creación hacia el exterior y se hace imagen del creador allí donde crea, en el tú, un nosotros.

Un nosotros que se hace hijo al participar del misterio. Esta participación colectiva y a la vez individual es la que, el ser “despertado”, necesita seguir edificando

más allá de la materia. Seguir construyendo para seguir viviendo en vigilia. El concepto hijo significa mucho más que el de vástago. Nada tiene que ver con el de la pura conservación de un apellido. El hijo participa del misterio recién descubierto en la creación. Adán y Eva ven por primera vez lo que durante siglos han estado mirando.

La intuición de este misterio hace exclamar al escritor sagrado que parecen dioses (Gn 3, 5). Nada ni nadie hasta ahora como ellos. El rumoreo del infinito alcanza al ser humano. Éste no quiere perder la consciencia adquirida. Ello equivaldría a perderse nuevamente en el sueño del que Dios le despertó en el paraíso y volver al caos primigenio. De ahí que a partir de esta vigilia comience a edificar su nueva morada. ¿Cómo?. A través del hijo. Únicamente él podrá mantener en orden la luz de la trascendencia intuida: ¡Ha nacido la historia bíblica!

El caos desaparece y la luz hace exclamar a Adán que ella, Eva, es parte de él. (Gn 2, 23). Ambos proceden de las manos de Dios y son el inicio de la humanidad. Esta procedencia de las manos de Dios se encuentra, asimismo, en los orígenes de la terminología que estamos exponiendo. Para un semita ser hijo o hija guarda relación de dependencia, la misma que un alumno tiene en relación al profesor.

No hablamos aquí de dependencia carnal, se trata más bien de dependencia adoptiva. El parentesco trasciende lo material. Hoy podríamos traducir esta dependencia indicando que más allá de la genética se encuentra la voluntad que todo ser humano tiene para hacer libremente lo que en conciencia desea. La libertad de asumir ser hijos, nos hace dependientes a unos de los otros sin vínculo carnal alguno. Este misterio lo reflejó la antropología bíblica en su concepto de colectividad en cuanto pueblo de Dios.

El Hijo y Abraham.

El mito de los orígenes en el pueblo de Israel tuvo una constante que recorrió y sigue recorriendo todo el mensaje allí revelado. Asumir esta humanidad fue y sigue siendo para quien despierta (resucita), la principal causa por la que el tiempo existe. El creyente confía no perderse nuevamente si el hijo capta el misterio. El hijo, como continuación de la vida captada por el padre, ha de perdurar perpetuamente. ¿Cómo?. La Biblia trata de responder a este interrogante. Cada hijo que capta la herencia del padre, perpetúa este don, dando, a su vez, continuidad al mismo. Esta continuidad se observa tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, a través de un símbolo que llega hasta nuestros días: la alianza.

La alianza es el hilo conductor que lleva desde Adán y Eva hasta Cristo. La alianza es el camino que el hijo recorre en su devenir para no perder la herencia y para no perderse. El pueblo de Dios se perpetúa en la alianza. La proto historia de Israel acaba en el capítulo once del Génesis. El capítulo doce inicia la prehistoria. Abraham será el padre de las doce tribus que, asimismo, simbólicamente representan al pueblo, a la humanidad. Los evangelistas retoman el símbolo doce y perpetúan la alianza nueva y eterna en los doce apóstoles. El tres es la divinidad como el doce es el pueblo. La humanidad, en cuanto colectividad está desde los orígenes en el doce (5).

Abraham es el padre, el símbolo que se abre a la trascendencia y escucha la voz primigenia. El capítulo uno del Génesis se produce en un decir de Dios: *“Dijo Dios: Haya luz”* (1,3). Toda la creación es un producto de la Palabra. La idea se hace palabra, el verbo se materializa y la creación surge, emana de la nada. La nada en cuanto caos se hace orden y luz cuando Adán y Eva la contemplan. Y ellos al contemplarla en el paraíso (quien no ha llegado al paraíso es imposible que la contemple), la hacen palabra al ir poniendo nombre a todo lo creado (Gn 2,20).

Adán y Eva donan al hijo su humanidad. Abraham por ser el hijo de la herencia se va a convertir en el padre del nuevo pueblo. La proto historia de Israel se enlaza con la pre historia a través de Abraham (6). El hijo se convierte en Padre. ¿Cómo?. Escuchemos el relato: *“Yahveh dijo a Abram: Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré. De ti haré una nación grande y te bendeciré: Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra”* (Gn 12, 1-3).

Abraham es el padre de la fe. Cree y escucha la Palabra. La Palabra estaba en la creación desde los orígenes. Ella es el decir de Dios. Pero la Palabra se pronuncia para ser escuchada. Abraham escucha. Toda la historia se inicia cuando el hijo oye. El autor que nos relata este pasaje retrotrae su escucha hasta el hijo de este nuevo pueblo, de esta nueva nación y por ello comienza, como en los orígenes, con el sintagma *“Yahveh dijo”*.

Ahora el decir de Dios puede ser escuchado por alguien. Ahora Dios, como Padre, dona al hijo la creación Este la recibe y como imagen del creador la dona a su vez convirtiéndose en padre. El pueblo de Dios ha iniciado su devenir. La alianza, en un principio, es promesa. Abraham escucha y recibe el don. Don que llamamos fe y que se convierte en columna vertebral que mantiene unido el cuerpo. Todos los autores bíblicos retomarán una y mil veces esta alianza que es promesa divina si el hombre la sabe guardar. El pueblo, la nación, la colectividad será perpetua si la escucha persiste.

El ser humano a partir de esta palabra recibida no podrá conformarse como el resto de los animales con ser creación, tiene, como el Creador, que crear. Por ello, como Abraham, deberá abandonar cuanto cree tener y crear un nuevo mundo, un nuevo pueblo. El hijo tiene que ser como el Padre. Ha de crear. Abraham cree y se convierte en padre de todos los linajes de la tierra. A partir de este instante padre e hijo se funden, bendición recibida y bendición donada se hacen una. Abraham es bendecido y se convierte a su vez en bendición.

Nada se oye en el relato sobre el pensar de Abraham. Nada se menciona en el inicio de esta pre historia del pueblo. El hombre de fe, prototipo de la humanidad, ejecuta, como en los orígenes la propia creación: la palabra de Yahveh. Todo lo que va a suceder a continuación pertenece y sigue perteneciendo al hijo que se plenifica en el séptimo día con el nacimiento del Cristo. El parto se realiza en la historia de los hijos de Dios. Abraham inicia en la pre historia, como Adán y Eva en la proto historia, lo que Cristo culmina en la historia del pueblo.

La Palabra se convierte en creación a través del mito bíblico. Ahora la Palabra se convierte en devenir humano. El Cristo de la historia comienza a gestarse en el silencio

de Abraham: *“Marchó, pues, Abram, como se lo había dicho Yahveh...”* (Gn 12,4). La Palabra de Dios es el acontecer humano. Abraham comienza a ser pueblo, promesa, es decir, humanidad, cuando como hijo recibe el don (7) .

Cree Abraham que es posible tener un hijo cuando, como hijo, escucha al Padre. La filiación humana trasciende lo puramente material. Lo que nace no es obra de la carne. Isaac es una sonrisa abierta a la creación. Sara se ríe de la fe de su esposo, pero en esta sonrisa está el germen de la nueva humanidad: *“Así que Sara rió para sus adentros y dijo: Ahora que estoy pasada, ¿sentiré el placer, y además con mi marido viejo?”* (Gn 18, 12).

Sara es la nueva Eva, la eterna Eva que necesita creer. Ella le dio el conocimiento a Adán. Ella escuchó a la naturaleza cuando la serpiente habló. Adán, sordo, no escuchó a la naturaleza, tuvo que ser la voz de Eva la que tradujera el acontecimiento. Ahora es Eva, quien, en Sara, escucha la voz de Abraham. La fe reclama una nueva visión. Esta visión exige matar la ceguera. La luz de los orígenes exige ver en los acontecimientos la mano de Dios.

Todo cuanto acontece desde la creación del ser humano es promesa divina. *“Yo soy Yahveh que te saqué de Ur de los Caldeos, para darte esta tierra en propiedad. El dijo: Mi Señor, Yahveh , ¿en qué conoceré que ha de ser mía?. Díjole: Tráeme una novilla de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años...”* (Gn 15,7-10).

El autor del texto reitera constantemente que lo que está sucediendo se aprehende en la esfera de lo divino. Insiste una y otra vez en el símbolo trinitario. Dios hace realidad lo humano. La promesa se convierte en Alianza y Yahveh pasa como el fuego entre la materia de los animales sacrificados para sellar el pacto: *“Y, puesto ya el sol, surgió en medio de densas tinieblas un horno humeante y una antorcha de fuego que pasó por entre aquellos animales partidos. Aquel día firmó Yahveh una alianza con Abram, diciendo: A tu descendencia he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río Grande, el río Éufrates...”* (Gn 15, 17-20). Abraham ha exigido de Dios un pacto. Dios había prometido filiación perpetua sin nada a cambio. El hombre de fe, duda, la mujer sonrío. Toda la creación ríe ante el nacimiento de Isaac : el hijo de la promesa, el hijo de la naciente humanidad.

“Abraham cayó rostro en tierra y se echó a reír” (Gn17, 17). Asumir lo divino en la humanidad es trascender la materia y purificarla. Isaac ha de ser fruto de esta purificación, de este fuego que consume la materia. Nuevamente son tres, es decir Dios, quien se presenta a Abraham: *“Levantó los ojos y he aquí que había tres individuos parados a su vera”* (18, 2). Abraham no duda : *“Señor mío, si te he caído en gracia , ea, no pases de largo cerca de tu servidor”* (Gn 18, 3).

Los tres individuos hacen exclamar a Abraham : *“Señor mío”*. Los tres son Uno. Como con el paso del tiempo lo serán Abraham, Isaac y Jacob, ellos son el pueblo, !Dios hecho historia!. Pero el hombre de fe tiene que asumir sus propio devenir, tiene que aceptar constantemente la herencia del Padre, tiene, en definitiva, que seguir siendo hijo.

No puede ser hijo quien no sabe ser padre. Abraham está a punto de perder su filiación cuando presume del poder que tiene sobre Isaac. Quien recibe la promesa tiene

que ser bendición para los demás. Nada sirve ser bendito si no es para bendecir. Abraham no tiene poder para sacrificar el don porque el don no le pertenece. El don es suyo, siempre que él sea de Dios.

Ser de Dios es confiar en El. Saber que Dios proveerá (Gn 22, 8). En esta fe descansa la promesa y se realizará la alianza. Abraham, Isaac y Jacob son los hijos que supieron ser padres. Son los patriarcas que formaron un pueblo, una colectividad que trasciende la materia. El puente que enlaza la pre historia con la historia de Israel. Jacob será la gran colectividad de los hijos de Dios. Entre Abraham y Jacob la historia sonríe, Isaac recoge la filiación divina y cree posible el milagro de la creación. La creación se realiza y se sigue realizando cuando Isaac como hijo, es nuevamente padre de Jacob, es decir, de Israel.

Abraham no entendió la actuación de Dios, únicamente cuando aceptó el milagro comprendió la grandeza del hijo que Dios le daba, la grandeza de la humanidad que él donaba más allá de la carne, más allá de las fuerzas físicas de la naturaleza. Ahora Jacob también pretende dominar el don. Lucha y reclama el nombre del contrincante. Desea como Adán poseer la creación !nombrarla!. Y la creación, siendo suya, no le pertenece. Jacob ante Dios no posee ni el nombre, ante Dios todo está en el horizonte de las posibilidades.

“¿Cuál es tu nombre?. Jacob. En adelante no te llamarás Jacob sino Israel...” (Gn 32, 28). Jacob es la colectividad, el pueblo, Israel. Abraham ha creído y su fe le lleva a crear. La promesa se hace plena alianza cuando la historia retoma la filiación y crea en Jacob el pueblo de Israel. Israel es padre de las doce tribus que conforman la humanidad.

El Hijo y Moisés

La filiación prosigue en la historia de Israel a través de una figura señera, nos referimos a la historia de Moisés. Moisés es el hijo salvado como Isaac, de una muerte segura. La promesa de Yahveh hace posible el milagro. El hijo nacido no es propiedad del varón, el hijo es propiedad de Dios. El Hijo siempre será del Padre pues sólo en el Padre conserva su adopción. Sin el Padre, sin el “soplo”, el hijo sería polvo, homínido, materia, nada.

Desde el Génesis la humanidad es propiedad de la divinidad: “*He alcanzado un varón de Yahveh*” (Gn 4, 1). El varón, el vástago de la humanidad es de Dios. La historia de Israel reitera esta constante en todos los nacimientos que señalan el rumbo de los hijos de Dios. Moisés es salvado, como otros, de la muerte. Las aguas que pretenden ahogar la naciente humanidad no tienen poder sobre el orden. Moisés recibe la herencia y creyendo en ella comienza a ver.

Las aguas en el mundo semítico pertenecen a lo caótico. En ellas habitan los númenes, los poseedores del mal. Ellas fueron las que Yahveh, desde los orígenes, separó para que en medio pudiera habitar el hombre. De esta cosmovisión del universo provienen los tres pisos en los que el pueblo de Dios reflejaba su hábitat: arriba Dios, en medio el hombre y abajo el poder del mal.

El poder del numen pretendió paralizar la marcha de Jacob a través del río Yabboq (Gn 32, 23-33). Allí descubrió Jacob que él era hijo de Dios, es decir, Israel. El nacimiento a una nueva concepción de la historia nace cuando Jacob es salvado de las aguas del río Yabboq. El, como antes su padre va a ser hijo, y en esta filiación recibe la herencia. Ahora Moisés vuelve a ser salvado de las aguas. El mito se reproduce una y mil veces para descubrir el milagro que siempre ha ocultado y que, asimismo, se revela al hijo.

La humanidad que brota de las manos de Dios es colectiva: Israel es pueblo o no es. Israel es colectividad o la humanidad se pierde. Lo humano guarda siempre referencia con el otro. La pluralidad define la individualidad del semita (8) . Esta verdad corresponde a la esencia de la filiación. Israel comprendió esta verdad desde el inicio. *“Así dice Yahveh: Israel es mi hijo , mi primogénito. Yo te he dicho : Deja ir a mi hijo para que me dé culto, pero como tú no quieres dejarle partir, mira que yo voy a matar a tu hijo , a tu primogénito”* (Ex 4,22-23).

La fe de Abraham sigue haciendo posible el milagro de la creencia. Adán creyó a Eva cuando ésta escuchó a la serpiente. Moisés cree a Abraham cuando éste escucha a Dios. Nunca hasta entonces había existido escucha alguna en la naturaleza. Sólo el hijo podrá escuchar. Y quien oye la voz, ve al Padre *“He visto a Dios cara a cara y tengo la vida salva”* (Gn 32, 31).

El hijo tiene la herencia en referencia al Padre. Ahora Moisés, el salvado de la muerte en las aguas, verá a Dios en la zarza ardiendo. Fuego y agua serán vehículo de lo trascendente hasta nuestros días. La alianza del hijo (sacrificio de Isaac), sellada con el fuego de Dios en el país de Moria (Gn 22), vuelve ahora a ser signo de la herencia cuando Moisés se acerca a la zarza. La antorcha de fuego que selló el pacto de Abraham aparece nuevamente como signo de la divinidad. Los símbolos siguen revelándose en los textos bíblicos para expresar desde el silencio lo que la palabra no puede pronunciar.

“El ángel de Yahveh se le apareció en forma de llama de fuego en medio de una zarza... Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Moisés se cubrió el rostro porque temía ver a Dios” (Ex 3, 2-6). Quien permanece a la escucha comprueba en su propio interior que Dios es patrimonio de la humanidad, en este caso, del pueblo. Moisés aprehende que el Dios de Abraham, es el de Isaac y el de Jacob. Esta experiencia unifica la de los tres patriarcas (9) .

El hijo va asumiendo poco a poco su linaje. En un principio en la Biblia las tradiciones son inconexas. La asunción de la filiación va adquiriendo poco a poco caracteres universales. Lo que comenzó siendo la fe de Abraham se convirtió en el devenir, en la fe de los tres. Dios estaba en los tres, es decir, en nuestros padres. El pueblo comienza a unificar sus creencias. La alianza va pasando de padre a hijo hasta que Moisés la hace pacto con el pueblo.

Quien se presenta ante Moisés en el monte Sinaí, llama a Israel hijo mío. Lo hace como siempre *“al tercer día”* (Gn 19,16). Todo con el hijo sigue sucediendo al tercer día. Ahora el hijo es Israel, el primogénito, es decir, el que sigue teniendo derecho a la herencia según la cultura semita. En la sociedad semítica tiene especial relevancia ser primogénito. Este tiene derecho preferencial sobre todo lo que posee el

padre. Yahveh, dentro de esta antropología, asume ser padre del primogénito. Desde siempre será celoso con el primogénito: “*Conságrame todo primogénito. Todo lo que abra el seno materno entre los israelitas*” (Ex 13,1-2) .

El primogénito adquiere, dentro de la antropología semítica, representación familiar, representación colectiva, de tal forma que el primogénito y el pueblo se confunden hasta fundirse en una misma realidad (10) . Así cuando muere el hijo del faraón, habrán muerto los hijos de todos los egipcios: “ *Y sucedió que, a media noche, Yahveh hirió en el país de Egipto a todos los primogénitos, desde el primogénito del Faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel...*” (Ex 12, 29). La realidad histórica que encierra esta pasaje puede hallarse allí donde al morir el hijo del Faraón, todo el pueblo llora la muerte de su primogénito.

La décima plaga de Moisés habla de muerte al igual que sus diez palabras hablan de vida. La vida se guarda en la promesa hecha alianza en los diez mandamientos, la muerte se guarda en las plagas. El que no tiene la herencia muere, el primogénito del Faraón está fuera de la promesa y todos los intentos por demostrar que es más fuerte que el Padre (Ex 7, 8-12, 36), todas las artimañas por “pasar” a formar parte de la alianza con el uso de la fuerza, está condenada al fracaso. La promesa parte de Yhaveh, hay que entroncar con Abraham para llegar a Moisés. El pueblo puede “pasar”; Israel puede celebrar la pascua y salvarse de las aguas, ahora a través del mar rojo, gracias a que entronca con la humanidad querida, con el hijo primogénito creado desde los orígenes.

Esta filiación primogénita y colectiva de Israel recorre las páginas del Antiguo Testamento. Ciertamente es en Moisés donde el pueblo “pasa” la prueba, pero su recuerdo persistirá hasta entroncar con la figura de Jesús de Nazaret. Él volverá a individualizar la figura del hijo para universalizarla y atraer hacia su persona resucitada, ¡el Cristo!, ¡el nuevo Israel!, a todos los pueblos, es decir, para volver a humanizar y pluralizar la primogenitura en todos y cada uno de los seres humanos.

Recordar esta primogenitura en todo acontecer bíblico será una constante para el hombre de fe. El profeta Oseas recuerda la gesta mosaica y proclama: “*Cuando Israel era niño, yo le amé, y de Egipto llamé a mi hijo. Cuanto más los amaba, más se alejaban de mí.*” (Os 11,1). Israel, el primogénito, es aquí individual y plural. Israel es el niño que se “alejaban” del Padre. El profeta anticipa la revelación cristológica porque intuye que no hay más hijo que el Hijo. Cristo revelará setecientos años después esta intuición teológica del profeta Oseas.

El Deuteronomio cuando recapitula la historia comienza a observar que Israel es como un hijo para Yhaveh: “*Date cuenta , pues, de que Yahveh tu Dios te corregía como un hombre corrige a su hijo, y guarda los mandamientos de Yahveh tu Dios siguiendo sus caminos y temiéndole*” (Dt 8, 5). Esta observación se hace vivencia plena cuando afirma que: “ *¿Así pagáis a Yahveh pueblo insensato y necio? ¿No es él tu Padre, el que te creó, el que te hizo y te fundó?. Acuérdate de los días de antaño, considera los años de edad en edad. Interroga a tu padre, que te cuente, a tus ancianos, que te hablen*” (Dt 32, 6-7).

La creación del hijo no es potestad del padre biológico. El autor sagrado sabe diferenciar perfectamente la creación del ser humano de la creación del homínido. El

Padre ha creado a Israel como hijo, al margen de que Jacob fuera hijo de Isaac. La interrogación que plantea el Deuteronomio al padre carnal y a los ancianos nos sitúa ante la auténtica creación de Israel, en cuanto primogénito. Siempre será primogénito el que sepa recibir la herencia. Años después el profeta Jeremías nos ampliará esta verdad.

El pueblo salvado y congregado por Moisés ha pecado contra su creador. La promesa hecha Alianza parece haberse roto nuevamente. Las tablas están hechas pedazos y el pueblo, dividido, ha perdido el horizonte. Jeremías sabe que mientras que alguien siga siendo fiel, en él, el hijo pervivirá: *“Porque yo soy para Israel un padre, y Efraím es mi primogénito”* (Jer 31, 9). Efraím es aquí el que mantiene la herencia viva. Efraím es el resto fiel que recibe la promesa de la filiación divina que un día tuvo el nombre de Abraham, Isaac, Jacob o Moisés. El nombre no importa. El nombre cambia, como la persona cuando se encuentra ante su auténtica identidad.

El fiel a la promesa recuerda y revela esta eterna verdad. Verdad eterna que desde los orígenes repite el hombre de fe. El profeta Jeremías, como hombre de fe insiste en su tiempo y en su historia lo que otros repitieron en la suya. Ahora Efraím es el hijo *“Es un hijo tan caro para mí Efraím, o niño tan mimado, que tras haberme dado tanto que hablar, tenga que recordarlo todavía. Pues, en efecto, se han conmovido mis entrañas por él; ternura hacia él no ha de faltarme, palabra de Yhaveh”* (Jer 31, 20).

Ternura hacia el primogénito que perdura gracias a la libre promesa de Yahveh. La alianza mosaica podrá romperse por uno de los firmantes. El padre jamás romperá su promesa. El Padre se conmovió hasta dolerle las entrañas, pero jamás retirará la amorosa ternura que en los orígenes depositó en Adán. La vida entregada al hombre nada tiene que ver con la muerte que se apodera de toda criatura. Ciertamente que hasta la llegada de Jesús no podemos hablar de vida más allá de la llamada muerte, no obstante, el hijo de Dios, aún sin saber cómo, posee la vida de forma distinta al resto de la creación.

Ya el Deuteronomio se separa del resto de los no primogénitos cuando veneran de alguna forma a la invencible muerte como si de una diosa más se tratara: *“Hijos sois de Yahveh vuestro Dios. No haréis incisión ni tonsura entre los ojos por un muerto”* (Dt 14, 1). La muerte no merece ser recordada por los que viven la vida, y vivir la promesa, es vivir la alianza del pueblo a perpetuidad. Toda la historia de Israel, en cuanto pueblo, es una constante mirada hacia la alianza sinaítica donde Yahveh habló con las diez palabras. Estas palabras perduran allí donde alguien las escuche.

Amar a Dios y al prójimo es el resumen del verbo divino. Ama y haz lo que quieras dirá otro primogénito (en Cristo), llamado Agustín de Hipona, tratando de resumir en una sola palabra las diez. Los diez mandamientos o normas evitan desde los orígenes olvidar la promesa. Moisés supo recapitular en su pacto una serie de normas básicas que recordaban al hijo su procedencia del Padre; esa procedencia que, si bien él no acertaba a universalizar, hoy llamamos con nuestro léxico, humanidad.

Yahveh no necesita pactos, su palabra es eterna, su promesa es libre, gratuita. El hijo puede volver su mirada hacia la muerte y olvidar que dentro de él está la vida. Moisés y todo el profetismo por boca de Moisés, trata de recordar lo que son; y lo que son, siempre es en Yahveh. En el que es, en el Ser. Quien se vuelve hacia el Ser ama a Dios y en Él a toda la humanidad. Este es el resumen de los mandamientos. Este es el

recordatorio perpetuo de la primogenitura recibida. Dios no olvida su promesa, el no-hombre sí. El decálogo recuerda que quien ama a Dios no puede hacer daño a su prójimo.

La alianza mosaica no necesita ser firmada por Yahveh. Su palabra es el hombre y no necesita mayor ni mejor expresión. Yahveh no olvida a su primogénito, mas éste, en ocasiones, parece olvidar su herencia. El pacto de Moisés recuerda constantemente al primogénito, su filiación. El miedo a perderse hace retrotraer al hombre de fe todo su devenir hasta el monte santo. En el Sinaí y al tercer día (Ex 19, 1) todo sigue sucediendo como entonces. Quien entra en la esfera de lo divino, como Moisés, descubre su humanidad, el porqué de su existencia.

El hombre de fe siempre está en el monte santo, siempre tiene presente lo que ocurrió y sigue ocurriendo en el Sinaí. No es que lo sucedido comenzara en la época mosaica; todo comenzó en la libre gratuidad de la creación del hijo en Adán. Desde Adán a los patriarcas, desde los patriarcas hasta Moisés todo esta sucediendo en el devenir de cada hombre. Moisés supo elevar a pacto lo que estaba sellado en el interior del ser humano. Y este pacto se perpetuó dando origen a la alianza.

La alianza aglutinó a las tribus y éstas formaron el pueblo, el Israel que David acrisoló y perpetuó nuevamente en la eterna filiación.

El Hijo y David

David es el rey que configura, junto con Salomón, su hijo, el reinado más importante del pueblo de Dios. Cuando el pueblo se siente destrozado, ocupado, o a punto de desaparecer, siempre cantará algún poeta sus hazañas confiando en que un nuevo ungido de Dios (Mesías), tome el cetro de su antecesor y vuelva el esplendor a Israel. Esta añoranza hacia el pasado es el conocido mesianismo político del que Jesús de Nazaret trató de huir (11) .

El ungido de Dios venía a representar al hijo desde la óptica política. El ungido sería el elegido por Yahveh para instaurar el reino que a partir de Salomón comenzó a desmembrarse. La historia de David tiene por tanto dos lecturas: Una, la política, la reinante, la gloriosa, y otra, la de siervo de Yahveh que recoge la herencia de sus antepasados y eleva al hombre a la categoría de Hijo de Dios.

La elección de David según la cuenta el libro primero de Samuel en su capítulo 16, recoge esta segunda visión que es la que nos interesa. De hecho fue la única que interesó a Jesús de Nazaret, despreciando la primera lectura y provocando, con dicho desprecio, la incomprensión de hombres que, como Judas, se sintieron traicionados por su líder. Judas no pudo entender que Jesús, pudiendo ser Mesías político, rechazara este atributo cuando todo el pueblo llevaba años esperando un líder carismático que expulsara al opresor y reinara nuevamente sobre la tierra prometida.

Samuel es el profeta que unge a David. Mas esta unción nada tiene de gloriosa. Yahveh le nombra heredero de su herencia filial de forma tan gratuita como la alianza que estableció unilateralmente con Noé (12) . O como el sacerdocio mesiánico del

Salmo 110 en que se lee: *“Para ti el principado el día de tu nacimiento, en esplendor sagrado desde el seno, desde la aurora de tu juventud. Lo ha jurado Yahveh y no ha de retractarse: Tú eres por siempre sacerdote, según el orden de Melquisedec”* (Sal 110,3-4). Este mesianismo tan enigmático como el propio Melquisedec, rey de Jerusalem, que ofrece pan y vino al Dios Altísimo y bendice a Abraham es el que asume Jesús en su persona (Gn 14, 1724).

Samuel unge a David con la misma gratuidad que Abraham recibe la promesa. Nadie, sino Dios y su profeta saben del poder enigmático de la herencia: *“Preguntó, pues, Samuel a Jesé: ¿No quedan ya más muchachos??....Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño...Mandó, pues, que lo trajeran; era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia. Dijo Yahveh: Levántate y úngelo, porque éste es”* (1Sam 16, 1-13).

David es reclamado por Samuel. Jesé, su padre, no cree que el hijo pueda ser merecedor del privilegio que trae el profeta. Únicamente Samuel sabe de quién es la herencia. David es el más pequeño de todos. La primogenitura material no le pertenece. El padre se olvida de él. Dios no. Posiblemente en la creación, aquel primate era también el más pequeño. Pero Dios le acogió en sus manos. Transformó aquel polvo, aquella materia, en un soplo divino y devino un ser creado a imagen del Creador.

La gratuidad sigue siendo el origen de la filiación. Samuel lo sabe... y unge al pequeño David. Samuel conocía que el reino querido por Yahveh nada tenía que ver con el añorado por el no-hombre que comenzaba a ser Saúl: *“Pero ahora tu reino no se mantendrá. Yhaveh se ha buscado un hombre según su corazón, al que ha designado caudillo de su pueblo...”* (1Sam 13, 14). El hombre buscado según su interioridad es David. El hombre que recibe la herencia es un hombre de corazón.

Y así, en David, se repite la promesa perpetua: *“Una alianza pacté con mi elegido, un juramento hice a mi siervo David: Para siempre jamás he fundado tu estirpe, de edad en edad he erigido tu trono”* (Sal 89, 4). El mesianismo davídico es de servicio, el rey ha de ser siervo sólo así podrá exclamar a Yhaveh: *“¡Tú, mi Padre, mi Dios y roca de mi salvación! Y yo haré de él el primogénito, el Altísimo entre los reyes de la tierra”* (Sal 89, 27-28). La primogenitura de Yahveh nada tiene que ver con el número de orden que tiene el vástago en relación con sus hermanos.

Jacob antes de ser Israel también era el hijo pequeño de Isaac. Esaú era, por tanto, el primogénito (Gn 27, 11-17). Pero es Yahveh, como canta el Salmo, el que dona la primogenitura. Nadie tiene derechos adquiridos sobre ella. La herencia se descubre como un tesoro guardado en el corazón del hombre desde su creación. Poco importa el acontecer y los actos cometidos a través de la vida, lo importante es la actitud que tiene el corazón cuando descubre este tesoro. Tesoro que en David vuelve a centrarse en amar a Dios y respetar al prójimo.

Cierto que la vida de David no fue de las más respetable, más bien en muchos aspectos detestable (quizás, y salvando las distancias, como la de cualquier mortal), sin embargo, recogemos aquí su testimonio ante el “libro de la alianza” y en el que se repite, una vez más, la misma constante: *“El rey estaba de pie junto a la columna; hizo en presencia de Yahveh la alianza para andar tras de Yahveh y guardar sus mandamientos, sus testimonios y sus preceptos con todo el corazón y con toda el alma,*

y para poner en vigor las palabras de esta alianza escritas en este libro. Todo el pueblo confirmó la alianza” (2Re 23, 3-4).

Al igual que Jacob es Israel, David representa a todo el pueblo. La filiación, al ser asumida por el ser humano, se humaniza en toda la creación. La herencia de David, la asume cuando, a su vez, la entrega al pueblo. Lo individual es colectivo porque la primogenitura pertenece al Hijo y, finalmente, en el evangelio, el enigma se revela cuando aprehendemos que todos somos hijos en el Hijo.

El profetismo cantó la indisolubilidad de este mesianismo que siempre perduraría en la humildad de lo más pequeño *“Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado... Grande es su señorío y la paz no tendrá fin sobre el trono de David y sobre su reino para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia...”* (Is 9, 5-6).

En la pequeñez de una criatura está su señorío. El enigma sigue siendo el milagro de la creación. El gran milagro que repetimos cada año en Navidad, sin aprehender que el niño se encuentra en cada corazón humano deseando repetir con el poeta salmista: *“Voy a anunciar el decreto de Yahveh: El me ha dicho: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme y te daré en herencia las naciones, en propiedad los confines de la tierra...”* (Sal 2, 7-8) (13).

La antropología teológica del hijo se va asumiendo en cada experiencia de fe. Así, Jesús, como todo hombre, crecía en edad y sabiduría. Aquella le remitía al hombre, Ésta a Dios. (Lc 2, 52). Los profetas han insistido en ambas caras de la moneda. El mesianismo real habla del hombre, el mesianismo del siervo habla de Dios. Cuando se encarna Cristo en el mundo, hay una expectación mesiánica de origen político muy profunda. La opresión del invasor era constante y el nacionalismo crecía día a día.

Dos siglos antes de la llegada del Mesías, Daniel nos habla nuevamente de la perennidad de la herencia: *“ Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. ... A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron”* (Dn 7, 13-14). La promesa siempre será del hijo del hombre. Este enigmático personaje fue asumido por Jesús. No en vano, pues si la herencia viene de Dios, la filiación siempre vendrá, míticamente hablando, sobre las nubes del cielo, ya que se debe a la gratuidad divina.

La promesa emana de lo alto y es ella la que hace posible la llegada del Hijo, del primogénito (14). Nadie puede pretender conseguirla porque en ese instante la perdería. El hombre de fe de todos los tiempos (el que está más allá de su tiempo, porque lo trasciende en su plenitud), recoge la herencia sin pretender poseerla porque sólo cuando la dona a su prójimo la posee eternamente. La herencia, como todo lo que es humano y por tanto brota de las manos de Dios, sólo se posee cuando se entrega. Esta aparente paradoja se da en todo lo relacionado con la humanidad. Lo más sublime que tiene la persona es su ser y éste se conserva cuando se está dispuesto a perderlo: Así hemos de comprender las palabras de Jesús: *“...y el que pierda su vida por mí, la encontrará”* (Mt 10, 39). Y paradójicamente esta aparente sinrazón se da en todo lo genuinamente humano, así con el amor que cuanto más se da, más se tiene.

Esta es la razón por la que, en cada historia concreta, ha de reencarnarse la verdad divina y asumirla en cada creyente; sólo entonces puede, el hombre de fe, seguir entregándola al resto de sus semejantes. La alianza siempre ha de ser renovada, releída, reencarnada. La antigua alianza siempre es nueva cuando alguien la hace suya. Otra paradoja bíblica que ha de ser asumida por todo creyente. La promesa desde el crimen de Caín siempre estará en el que asume su humanidad, no en quien la destruye. Unos seguirán el dictado de su materialidad, otros, los de la eterna alianza (Gn 9,9), serán los semitas que como herederos de Sem, recogerán la promesa de Abraham.

Cada creyente ha de injertarse en esta dinámica que es universal, como los mitos primigenios. Cuando el hombre y la mujer de fe asumen su humanidad, hacen que la alianza se renueve. Así fue y así será: El profeta Jeremías recoge este sentir y lo hace suyo cuando exclama: *“He aquí que días vienen... en que yo pactaré... una nueva alianza...que ellos rompieron mi alianza...esta será la alianza que yo pacte con la casa de Israel ... pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano...”* (Jer 31, 31-34).

La humanidad ha ido asimilando en su devenir la filiación divina: !Ha ido creciendo en sabiduría! Ahora Jeremías aprehende que nada de lo que está sucediendo en el pueblo, es ajeno a él. De hecho todo sucede en primer lugar en el interior de cada individuo. La ley no es exterior al hombre. La ley está grabada en el interior de los corazones. El maestro puede mostrar el camino, pero el mapa lo lleva todo ser humano en su interior. Desde esta perspectiva ya no es necesario adoctrinar. Jesús con mayor claridad dirá tiempo después que maestro sólo hay uno, Dios. Y que el templo donde habita es en el interior de cada creatura (Jn 4, 19-24).

Mas Jesús en la época que estamos reseñando no ha llegado todavía, no obstante, estamos diseñando el camino que permite comprender que en la plenitud de cada creyente, como en la de Jesús, esta verdad filial vuelve a reencarnarse para cristificar el auténtico mesianismo que está grabado más que en la piedra, en el corazón de todo ser viviente.

Para comprender el mensaje creacional hay que crecer en edad y en sabiduría. Nuestro ensayo podría ser acabado con los cantos del siervo de Yahveh según los relata el libro del profeta Isaías (15). En ellos se expresa que el mesianismo que adopta el auténtico creyente es el de servicio a la humanidad, y de donación de la persona. Estos cantos son suficientemente conocidos por el lector, por ello nos va a permitir que en esta última parte del presente trabajo, y dando por conocidos los mencionados cantos, nos refiramos a la necesidad de escuchar en nuestro interior la ley que desde siempre nos ha grabado nuestro creador.

Esta ley puede, asimismo, observarse y con las debidas diferencias culturales que el tiempo nos exige, en uno de los libros sapienciales que lleva el título de “el hijo”. Nos referimos al Eclesiástico. En él, el hijo de Sirá nos explica la sabiduría que desde siempre nos acompaña y que en definitiva no es otra cosa que Dios.

-

El evangelio de la infancia de Jesús, nos indica que él, en cuanto ser de la creación, crecía en edad, pero en cuanto hombre, lo hacía en sabiduría. Todo animal crece en edad, pero no todos crecen en sabiduría. Crecer en sabiduría es crecer ante Dios. El hijo ha de crecer ante Dios. Ha de despertarse, es decir, resucitar. La resurrección es para el cristiano el despertar a la nueva y auténtica humanidad querida por Dios desde los orígenes.

La resurrección, como futuro, parece ser la preocupación de los creyentes de todos los tiempos. Cuando desde la óptica de los evangelios leemos el Antiguo Testamento no dejamos de sentir cierto pesar al comprobar que millones de hombres no han podido aprehender la resurrección. ¿Por qué?. Porque Cristo aún no había llegado.

La plenitud de la filiación que venimos exponiendo en este ensayo no ha podido, asimismo, entenderse ya que el Hijo estaba por llegar. ¿Diría el lector que su posición es mejor que lo fue la de Abraham, la de Moisés o la del rey David?. ¿Es posible que después de la llegada del Espíritu Santo estimemos que la herencia es más real hoy que lo fue en los personajes del Antiguo Testamento?.

Los interrogantes planteados han de responderse desde la personal antropología del creyente. Desde la personal plenitud de cada creatura. ¿Cuál era la plenitud de Abraham?. ¿Cuál la de Moisés?. Las respuestas han de sonar en cada corazón. En el de Jesús sonaban así: *“Vuestro padre Abraham se regocijó pensando en ver mi día. Lo vio y se alegró”* (Jn 8, 58).

¿Cuántos creyentes en los comienzos del siglo XXI no han visto de Cristo lo que ya Abraham vio?. En la eternidad de la sabiduría la plenitud ¡siempre Es! Abraham en su despertar y escuchar la voz de Yahveh vio igual que Santa Teresa del Niño Jesús o el cristiano de nuestro siglo. Cuando llega la plenitud del tiempo, en cada creyente, todos los tiempos se aúnan y desaparecen en la eternidad de la herencia recibida.

Debemos de acostumbrarnos a diferenciar el crecer en el tiempo y el crecer en sabiduría. Mateo marca la diferencia en su depurada teología del evangelio de la infancia. Sólo quien está en esta dinámica comprende las palabras de Jesús cuando, refiriéndose al hijo tal como lo hemos venido exponiendo hasta aquí, nos dice: *“Si, pues, el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres. Ya sé que sois descendencia de Abraham; pero tratáis de matarme, porque mi palabra no prende en vosotros.”* (Jn 8, 36-37).

Al Hijo no se le mata en la cruz, al Hijo no se le puede matar en la cruz. Al Hijo se le sigue matando en el corazón de cada individuo. Cristo, en cuanto primogénito muere y sigue muriendo cuando la herencia no penetra en el corazón del ser humano. Esta verdad recorre y sigue recorriendo la palabra encarnada: ¡El hombre!.

Esta breve pero necesaria introducción sirve de preámbulo a la hora de aprehender la sabiduría que el hijo nos da en el Antiguo Testamento. Ben Sirá es, ahora, el hijo. Y él trata de hacernos llegar hasta nuestra plenitud que es Cristo. La plenitud siempre ha sido Cristo. El mismo que vivió Adán y sigue viendo hoy, en Adán, cualquier hombre de buena voluntad. ¡Gran misterio y gran verdad!. *“Hijo si te llegas a*

servir al Señor, prepara tu alma para la prueba” (Eclo 2, 1). La elección entre el despertar o el seguir dormido, es una gran prueba. Quien despierta no busca el tesoro porque siempre lo ha tenido junto a él. Dios lo donó libremente y lo situó en el corazón (hoy diríamos en la mente) de todo ser.

El discernir es propio del hijo y el discernimiento obliga en cada instante a elegir. Esta elección es una constante prueba. Ser o no ser. Despertar a la resurrección o dormir al tiempo sin plenitud que es muerte. ¿Cómo despertar?. Ben Sirá reproduce los mandamientos con estas expresiones : *“Hijo, no prives al pobre del sustento, ni dejes en suspenso los ojos suplicantes. No entristezcas al que tiene hambre... No apartes del mendigo tus ojos... Hazte querer en la asamblea... Inclina al pobre tus oídos... Arranca al oprimido de manos del opresor... Sé para los huérfanos un padre...”* (Eclo 4, 1-10).

El canon judío no considera este texto como sagrado. El cristiano, sí. No entramos aquí en esta disyuntiva. Sirva no obstante para indicar que el texto del Ben Sirá va más allá de lo puramente judaico. Retorna su devenir hasta el primer hombre y, al igual que Lucas en su genealogía, no duda en traspasar las barreras del pueblo santo y afirmar que Adán es hijo de Dios (Lc 3, 38). Efectivamente, el hijo de Ben Sirá, en la recapitulación que hace de la historia de Israel, retrotrae la filiación hasta el primogénito de toda criatura: *“Sem y Set fueron gloriosos ante los hombres, más por encima de toda criatura viviente está Adán”* (Eclo 49, 16).

La sabiduría trasciende cualquier concepto particularista de la herencia. La promesa fue, es y será para el hombre que escuche en su corazón y actualice las verdades apuntadas en la ley. Ben Sirá y con él quienes escribieron y posteriormente tradujeron el texto que estamos oteando, desean que trascendamos la letra que lo compuso. La ley sigue matando. ¿Cómo?. No deja de ser sintomático el hecho siguiente:

Jesús es hijo de Eleazar, que a su vez fue padre de Sirá, es decir, el autor hace el número tres de la generación que presenta. A su vez el traductor confiesa en su prologo que él es la tercera generación de Jesús: *“...mi abuelo Jesús después de haberse dado intensamente a la lectura de la Ley...”* (Pról 7). Todo el libro gira en torno al dígito tres, que para la cábala semítica es Dios.

Nuevamente el simbolismo de lo sagrado está tras la sabiduría que expone. Hay que introducirse en el texto con la misma sacralidad que Moisés pisaba la tierra donde ardía la zarza o siglos después los cristianos subimos al Gólgota donde Jesús muere y resucita al tercer día. El Espíritu de la letra sigue siendo el que aletea en los orígenes, aunque la letra en la que se expresa haya cambiado y sigue cambiando hasta que Adán, en Cristo, reciba la primogenitura prometida.

Y Cristo, en Ben Sirá, afirma algo tan universal y por lo mismo, tan evangélico como *“ Todo viviente ama a su semejante, y todo hombre a su prójimo”* (Eclo 13, 15). Amarás al prójimo como a ti mismo. El espíritu de esta frase evangélica está ya en Ben Sirá. Hoy podríamos reencarnar este sintagma afirmando : Ama al otro como el otro desea ser amado. Y ello porque amar al otro como te gustaría que te amaran a ti puede ser una nueva forma de egoísmo. Cada uno desea ser amado de forma única. Cada cristiano ha de encontrar al otro en el camino en el que el otro se encuentra.

La letra siempre puede ser perfeccionada. Cada cultura reclama su propio paradigma. ¿Quién hace posible el cambio?. La sabiduría. ¿Qué es la sabiduría?. Todo este ensayo ha venido a reducirse a la siguiente respuesta: La sabiduría es la herencia que Dios ha dado al ser humano. Ella es la promesa que desde siempre ha quedado en el corazón del hijo (16) .

En el número tres se esconde la divinidad: ¡La resurrección!; sin embargo, quien pretenda encontrar estas verdades en el tres, será tan necio como el que, por ejemplo, quiera comprar el amor con dinero. Los auténticos dones de la humanidad no tienen precio. La filiación es el privilegio de ser imagen del creador. Y aquél que no sea imagen aunque sea hijo, no es nada porque, ¿de qué le sirve al hombre tener descendencia si ésta pierde la herencia?. “*No pongas en su vida tu confianza, ni te creas seguro por ser muchos, que más vale uno que mil, y morir sin hijos que tener hijos impíos*” (Eclo 16, 3).

El judaísmo había basado parte de su cultura en la necesidad de procrear. Ben Sirá se interroga sobre esta realidad antropológica. Cristo, doscientos años después, también. Lo importante es ser Hijo de Dios, aunque no se procee. El judaísmo no podía entender esta afirmación. No es extraño que este texto, aunque citado constantemente por los rabinos, no haya sido introducido en el canon judío.

Los hijos según la carne crecen en edad, aquí hablamos de los hijos según la divinidad, es decir, la humanidad y éstos crecen en sabiduría: “*Él (el hombre), que sólo es carne, guarda rencor, ¿quién obtendrá el perdón de sus pecados?. Acuérdate de las postrimerías, deja ya de odiar, recuerda la corrupción y la muerte, y sé fiel a los mandamientos*” (Eclo 28, 5-6).

La sabiduría no es para el hombre que sólo es carne. Ser fiel a la herencia eleva al ser humano más allá de la carne, más allá de la muerte. El Hijo muere cuando abandona la ley impresa en su corazón desde los orígenes. No obstante, incluso en esta muerte óptica que nada tiene que ver con la física, el hijo siempre podrá arrepentirse y exclamar: “*Ten piedad, Señor, del pueblo llamado con tu nombre, de Israel, a quien igualaste con el primogénito*” (Eclo 36, 11).

Retornar a la primogenitura es volver a la alianza, a los mandamientos y recordar que “*Grandes trabajos han sido creados para todo hombre, un yugo pesado hay sobre los hijos de Adán, desde el día que salieron del vientre de su madre, hasta el día del retorno, a la madre de todo*” (Eclo 40, 1). Retornar a la madre de todo puede entenderse “volver a la nada”, sin embargo, en este contexto parece más lógico pensar que es volver a la matriz de todo: ¡la sabiduría!. Ella engendra en el creyente la intuición de lo que es la vida, de lo que es, en definitiva, Dios.

La promesa es, en la alianza de Ben Sirá, sabiduría. ¿Cómo ha encontrado el hijo tal tesoro?. “*Hacia ella enderecé mi alma, y en la pureza la he encontrado*” (Eclo 51, 20). En la pureza, en la virginidad es donde el hijo recibe la herencia del Padre. Este concepto de virginidad hay que tenerlo muy presente a la hora de concebir y traspasar la herencia. La promesa nada tiene que ver con la genética. ¿Por qué?. Porque para encontrarla en el corazón hay que mantenerse puro.

La virginidad de María entronca con la pureza de los que enderezan su alma hacia el Señor y reciben del Altísimo la promesa de ser Hijo de Dios (17).

CONCLUSIÓN

En esta conclusión no vamos a resumir lo ya indicado puesto que lo que pretendemos es todo lo contrario. Nuestra idea es transmitir al lector la necesidad de encarnar el mensaje en su propio devenir para, desde él, encontrar la promesa que siempre ha permanecido en su interior. La alianza, como en tiempos de Cristo (que son los nuestros), siempre es nueva cuando se reencarna

Por ello será la nueva y eterna alianza. Eterna porque es la misma desde los orígenes, y nueva porque cada tiempo reclama su propio paradigma, su propia ley donde se relea y esculpa como en tiempos de Moisés.

La Biblia es palabra de Dios porque es el hombre quien la pronuncia. Si el creyente calla, Dios no habla. Los textos sagrados muestran al hombre en su decir cotidiano. El decir del hombre en el séptimo día de la creación, reproduce la imagen del Creador en los seis días anteriores. Cuando el hombre comienza su tiempo, Dios descansa. Toda la historia del hombre comienza en el descanso divino.

Ahora actúa el ser humano y el Creador contempla su obra. Cuando el creyente relee la obra del hombre observa que tras ella está la imagen de Dios, y exclama: ¡Palabra de Dios!. El hombre ha salido de la creación divina: el hombre es Hijo de Dios. Esta intuición es no ya el milagro de la creación, sino la creación del milagro. Todo es posible para el hombre, porque él es Hijo.

Esta verdad ha estado oculta desde siempre en el corazón del creyente. Cristo la revela en su tiempo, que fue el de Jesús de Nazaret y nos proclama hijos en el Hijo, porque, de hecho, no hay más Hijo que el primogénito y en Él todos en el Padre. Esta filiación se encuentra siempre en el horizonte de todo devenir. Y ello porque la promesa se alcanza únicamente en el nacimiento del Hijo de Dios. ¿Cuándo suceden plenamente estas cosas? ¡En la resurrección! Ahora bien, el que cree en Cristo ya ha resucitado. Dicho en otros términos. El que ha encontrado la herencia no puede morir. ¿Crees esto? (Jn 11, 26).

La pregunta se responde en el tiempo o en la plenitud de los tiempos. De algo estamos seguros, en la plenitud de los tiempos, el cristiano, que es la persona que trasciende su tiempo, alcanza la comprensión del evangelio y en ella la filiación que aquí hemos expuesto. Esta filiación, que no es otra cosa que la herencia que Dios nos ha dado desde el origen, no tiene nada que ver con la herencia que, hipotéticamente, podamos recibir de los hombres (en el sentido materialista de la palabra). La herencia recibida que nos hace hijos de Dios es la que le hace exclamar a Pablo en la primera carta que dirige a los corintios: *“Así que, no se glorie nadie en los hombres, pues todo es vuestro; ya sea Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro, todo es vuestro; y vosotros, de Cristo y Cristo de Dios”* (1Cor 3, 21-23)

Y como siempre permítasenos concluir que ...el que tenga oídos...

NOTAS

1.- “Díceles él: Y vosotros quién decís que soy yo? Simón Pedro contestó: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Replicando Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt 16, 16-17).

2.- “Si conociesen el camino que anduvo la Iglesia hasta profesar la filiación divina de Jesús, percibirían mejor, sin duda, que lo que afirman espontáneamente se les ofrece no como una definición, sino como un misterio que sólo se desvela en lo interior del camino de la fe” “ Cf. Rey, B., De la fe en Yahvéh a la fe en la Trinidad. El camino de las primeras comunidades cristianas, Madrid 1973, p. 39

3.- El día siete está abierto, sin acabar; todo está sucediendo en él: los mandamientos dirigidos al hombre (7), los pecados (7), las virtudes (7), los sacramentos (7), lo bueno y lo malo está sucediendo siempre en un día de la semana (7). El hoy, sigue presente en el séptimo día de la creación porque la creación no es algo que sucedió !es algo que está sucediendo!

4.- Los israelitas con la palabra -hijo- expresan “ muy a menudo la pertenencia a un grupo determinado p. ejem. a un pueblo (los hijos de Israel son los israelitas...)” Cf. Varios, Diccionario de la Biblia, Madrid 1970 col. 840.

5.- Y la humanidad que expresa en el siete lo que el individuo puede hacer bueno o malo, indica en el doce lo que la colectividad, lo que el pueblo puede realizar. Así el pueblo de la antigua alianza se representa en las doce tribus de Israel y el de la nueva en los doce apóstoles. Por esta razón cuando muere Judas ha de ser nombrado inmediatamente otro representante; el símbolo prevalece ya que en él estamos todos, ya que de él seguimos comiendo todos (los doce cestos que sobraron en la multiplicación de los panes).

6.- Para comprender la protohistoria es preciso asumir la primera frase con la que hemos iniciado este trabajo: “el que sólo conoce una religión no conoce ninguna” La protohistoria está marcada por los mitos de origen. Reseñamos al respecto dos trabajos que permiten al lector explicarle lo que estamos afirmando: Grelot, P., “Hombre, ¿quién eres?”. Los once primeros capítulos del génesis, Estella 1976; Pikaza, X., Cuerpo de mujer, cuerpo de diosa. Mitos y símbolos de sometimiento femenino, en “Para comprender el cuerpo de la mujer . Una perspectiva bíblica y ética”, Estella 1996. Esta segunda obra tiene la originalidad de estudiar los mitos desde la perspectiva femenina.

7.- La creación y el inicio de la promesa son dos realidades que el creyente experimenta en paralelo. Una realidad antropológica no se puede dar sin la otra. “No podemos menos de pensar en el eterno reposo en el que Dios había entrado el séptimo día, una vez que hubo terminado la creación . ¿Es posible que el teólogo del exilio haya pretendido poner en paralelo la creación del universo y la creación de su pueblo? No sería nada extraño”. Cf. Michaud, R., Los patriarcas, Estella 1976, p. 219.

8.- “El israelita se siente, y es, hermano de los demás miembros del pueblo. Es un elemento esencial de su identidad , lo diferencia y distingue de quienes no pertenecen a esa comunidad”. Cf. Pastor Ramos, F., Antropología Bíblica, Estella 1995, p. 134.

9.- “Los clanes cuyos jefes se llamaban Jacob, Israel, Isaac y Abraham adoptaron progresivamente y transformaron al mismo tiempo la -leyenda cultural o mito de origen- del santuario principal de la región en la que se iban sedentarizando poco a poco” Cf. Michaud, R., o. c., p. 224.

10.- Esta realidad antropológica tiene un marcado interés en la configuración del pueblo de Israel. Así se proyecta en las figuras señeras que aquí estamos reseñando y en las vivencias grupales. La historia de los patriarcas son, de hecho, las historias de sus clanes en cuanto colectividad. Estas proyecciones son estudiadas en la actualidad bajo la denominación de “epónimos”.

11.- “Si las tribus israelitas llegan a la monarquía, no es por evolución espontánea de la organización social precedente, sino, a pesar de ella, por la perentoria necesidad de autodefensa”. Cf. González, A., Profetismo y sacerdocio. Profetas, Sacerdotes y Reyes en el antiguo Israel, Madrid 1969, p. 153. Aún a pesar del tiempo transcurrido desde la publicación de este trabajo, dada la claridad y síntesis de la exposición, se hace imprescindible su lectura para comprender el nacimiento de la institución monárquica en el pueblo de Israel.

12.- “Dijo Dios a Noé y a sus hijos con él: He aquí que yo establezco una alianza con vosotros, y con vuestra futura descendencia, y con toda alma viviente que os acompaña...” (Gn 9, 8-10) Si la alianza de Moisés es sellada en la naturaleza en forma de piedra, la alianza de Noé es sellada en la naturaleza en forma de arco iris (Gn 9, 12-17).

13.- La filiación se engendra en cada creyente. Jesús hizo de todo el A.T. una experiencia de vida y en esta reencarnación superó toda expectación del pasado. Buscando una interpretación cristológica se pregunta González de Cardedal “En una palabra, cómo encontró a Dios y cómo se encontró a sí mismo en él, porque hemos de admitir que todo esto tuvo lugar en una evolución histórica, en un ir naciendo a sí mismo, a su autoconciencia divina, en la medida en que iba accediendo a su plenitud humana” Cf. González de Cardedal, O., Jesús de Nazaret. Aproximación a la cristología, Madrid 1975, p. 94.

Vivir la plenitud de la humanidad es tomar conciencia de la plenitud humana.

14.- La llegada del Hijo hay que aprehenderla desde la propia opción personal de hijo. La cristología así, se torna en antropología, y ésta a su vez en teología. Jesús es el Hijo porque en su antropología se autodefine como tal cuando llama a Dios “Abba”. “Abba es sin duda, la palabra teológicamente más densa de todo el N.T., ya que ella nos revela el misterio último de Jesús, que al atreverse a llamar a Dios con este término denotador de la familiaridad más absoluta, nos ha entregado su propia autoconciencia y con ella el secreto de su ser. Nos revela el principio vital de orientación en su vivir histórico, -vivirse como Hijo-” Cf. González de Cardedal, O., o. c. p. 99.

15.- Is 42, 1-4 (y 5-7 ó 9); 50, 4-9a (y 9b-11); 52, 13-53,12. Estos cuatro cantos del siervo de Yahveh exponen tanto la visión de un siervo colectivo (los dos primeros), como individual (los dos segundos). Aquí nuevamente “Dios hace de su siervo una alianza para con su pueblo (Israel) y también una luz para todas las naciones” Cf. Varios, Enciclopedia de la Biblia, Madrid 1969, col. 666-669.

16.- Sabiduría y Torá se identifican en Ben Sirá. “Quiere esto decir que la sabiduría divina, que es una magnitud cósmica, es enviada por Dios a un lugar determinado sobre la tierra y toma simultáneamente la figura de la ley sinaítica confiada por Dios a Israel. Los judíos mantuvieron ulteriormente esta identificación entre sabiduría y torá, a la vez que recalcan de continuo su aspecto universal y cósmico” Cf. Hengel, M., El Hijo de Dios. El origen de la cristología y la historia de la religión judeo-helenística, Salamanca 1978, p. 73.

17.- La realidad cristiana la podemos dividir en tres niveles: histórico, teológico y simbólico. Esta afirmación sobre María la hacemos a nivel teológico. “Por ello: la afirmación de la -Inmaculada Concepción- es verdadera a nivel simbólico y con verdad

simbólica, no a nivel histórico ni con verdad histórica. La confusión de dimensiones de verdad ha acarreado dificultades desorbitadas a la reflexión teológica sobre María...”

Cf. Rubio, M., Un rostro nuevo de mujer. La figura cristiana de María en la hora de los feminismos, Madrid 1989, p. 110.

Esta dificultades que apunta el profesor Rubio pueden extenderse a todo el campo teológico y muy especialmente al que aquí hemos desarrollado.